

Más ciencia, mejor gobierno

Vicenç Villatoro, escritor y periodista (EL PERIODICO, 06/01/05)

Unos días después de la terrible catástrofe que ha marcado el cambio de año, podemos establecer ya algunas consideraciones digamos políticas sobre lo que ha sucedido. La primera, que --obviamente-- la catástrofe se ha producido por causas naturales, ajenas al hombre, imposibles de evitar o de prever. Y sin embargo, a partir del inicio de la catástrofe, la puesta en marcha de mecanismos de alerta --que existen en otros lugares del mundo, como el Pacífico-- y una buena base de previsión, que incluye aspectos educativos, habría podido minimizar los efectos del tsunami, especialmente por lo que respecta a vidas humanas.

Y una vez producida la catástrofe, la reacción espontánea, poco coordinada, a veces competitiva, de los países más ricos --a través de sus gobiernos y de sus sociedades civiles-- y de las autoridades de la zona, sufre los defectos de una solidaridad más emotiva que racional. Sin olvidar que una solidaridad que se mueva sólo al impacto de las imágenes de la televisión puede concentrar ahora recursos en una catástrofe terrible, drenándolos de otras zonas del planeta que sufren su propio tsunami cotidiano, como algunas de África.

La humanidad no podía evitar el tsunami. Pero podía haberle dado mejores respuestas, centradas en dos aspectos: más ciencia y mejor gobierno. Se dice a veces que las desgracias, incluso las naturales, se ceban en los países pobres. Las deficiencias en la respuesta al tsunami no son achacables a la pobreza, sino en todo caso al mal gobierno. Malos gobiernos locales, que han fallado en su tarea de previsión y de educación, que no han sabido organizar métodos de alerta --como los que sí existen en el Pacífico-- para reaccionar ante un tipo de catástrofe excepcional, pero no única ni sin precedentes. Malos gobiernos locales que, en ocasiones, pueden haber aprovechado los efectos del tsunami para algunos ajustes de cuentas con grupos opositores o que pueden haber dado prioridad al rescate de turistas occidentales sobre el necesario socorro de todos los afectados. Pero que se han demostrado poco eficientes sobre todo en las políticas genéricas de prevención y de distribución de ayuda. No es que la desgracia se cebe en los pobres. Es que a veces la pobreza y la mala respuesta ante las catástrofes tienen una causa común: el mal gobierno, la ineficiencia, la corrupción.

Pero no sólo mejores gobiernos locales. Ante un desastre de estas características, se echa en falta alguna instancia de gobierno mundial, algún tipo de entidad planetaria que sea capaz de coordinar esfuerzos, de organizar y racionalizar respuestas y para controlar que lleguen realmente a su destino. No estoy hablando de un gobierno mundial centralizado, de una especie de Estado del mundo, que me parece peor que inviable. Me refiero a una entidad con alguna capacidad decisiva, en la que los estados hayan descargado una parte de su responsabilidad y de sus competencias a favor de la coordinación y la eficacia.

¿PODRÍAN SER las Naciones Unidas? Su diseño es, en el mejor de los casos, el de un

punto de encuentro, no el de un órgano de coordinación y resolución. No un gobierno central del mundo, pero sí el embrión práctico de un gobierno federal del mundo. Los estados actuales resultan a menudo demasiado grandes para gestionar los problemas cotidianos y demasiado pequeños para enfrentarse a hechos de las proporciones del tsunami.

Aunque no sólo hace falta mejor gobierno, sino también más ciencia. Más investigación, más recursos para el conocimiento, más confianza en la civilización científica y tecnológica. La humanidad ha vivido en los últimos siglos con una actitud ambivalente ante la ciencia. Por un lado, confiamos en los avances científicos. Pero por otro se ha generalizado una visión de la ciencia y la tecnología como un peligro que amenaza el orden natural de las cosas. Desde Frankenstein hasta Godzilla, la literatura y los mitos nos advierten continuamente del riesgo de que la humanidad rompa a través de la ciencia la bondad intrínseca de la naturaleza, ponga sus manos en tierra sagrada. Se nos viene a decir que la naturaleza es sabia y que cuando tocamos algunos de sus secretos estamos apuntando a la catástrofe. El recelo anticientífico tiene raíces religiosas: la obra divina había de ser por fuerza más perfecta que la humana. Pero de estas raíces ha quedado --alimentado por el siglo del *Titanic* y de Hiroshima-- la idea común de que lo natural es bueno y lo artificial es peligroso, que hay un orden armónico de las cosas que se rompe cuando la humanidad se pone de por medio. Contra la sabiduría de la naturaleza, la imprudencia de la humanidad.

PUES BIEN, el tsunami ha sido un fenómeno natural. Ha sido la sabia naturaleza la que ha generado un fenómeno devastador. De la misma forma que la ciencia médica combate las enfermedades de la naturaleza, necesitamos más ciencia para prevenir y para paliar los efectos de catástrofes estrictamente naturales como la del Índico. Decía **Gianni Rodari** en un formidable cuento para niños que la creación había dejado un mundo inacabado, imperfecto: ríos sin puentes, distancias sin caminos, enfermedades sin remedios. El trabajo de la humanidad es perfeccionarlo, completarlo. Construir puentes, encontrar curaciones, imaginar caminos.

En otras palabras, más ciencia y mejor gobierno. Las dos cosas juntas. Porque la tecnología es estrictamente instrumental: moralmente neutra, lo que le da sentido es para qué la utilizamos. Y el buen gobierno es precisamente decidir bien para qué empleamos los recursos. Tal vez no podamos prever o evitar nunca los tsunamis. Pero podremos minimizar sus efectos.